

Oración

¡Oh Cristo, mi Buen Samaritano!

¡Oh Cristo, mi Buen Samaritano!
Tú que, al borde del camino de la vida,
ves mis dolores y sufrimientos
y lleno de piedad y compasión
me recoges con tus manos,
llenas de ternura y dulzura,
y me cargas suavemente sobre ti,
¡ayúdame a sentirte junto a mí!

¡Oh Cristo, mi Buen Samaritano!
Cuídame con tu amor misericordioso,
derrama tu vino sobre mis heridas,
santifícame con la fuerza de tu Santo Aceite,
consuélame con el afectuoso consuelo
que tú sólo nos sabes dar,
y cuando vuelvas en el último día,
¡paga por nosotros lo que te debemos!

¡Oh Cristo, mi Buen Samaritano,
nunca te separes de mí!
Amén.

¡Tú nos acompañaste!

Andando por el camino,
cansados en nuestro dolor,
hundidos en el sufrimiento,
¡y Tú viniste a nuestro encuentro!

Te abrimos nuestro corazón,
lloramos nuestra desgracia,
clamamos sin esperanza,
¡y Tú compartiste nuestro dolor!

Palabra de aliento nos diste,
consuelo en el corazón,
luz en nuestra historia,
¡y Tú nuestro sufrimiento aliviaste!

Sin esperanza íbamos,
con esperanza volvimos,
alegres con tu Pan partido,
porque en nuestro camino,
¡Tú nos acompañaste!
Amén.

¡Mi Dios compasivo, mándame Tú!

Tantas veces he sufrido, Señor,
me he sentido hundido, solo y desamparado,
pasando por el valle del sufrimiento,
sin esperanza, sin nadie que me consuele.
¡Pero compasivo, allí estabas Tú!

Allí me encontré a una mano amiga,
a un corazón lleno de misericordia,
a unos oídos que escucharon mi lamento,
a una voz que llenó de dulzura mi corazón herido.
¡Y compasivo, lo mandabas Tú!

Me acogió tiernamente con sus brazos,
me dio de comer y beber lo que mi alma anhelaba,
me vistió de la alegría y la paz,
quebrantó la prisión de mi soledad,
¡Y compasivo, lo mandabas Tú!

Ahora que ya sé lo que es sufrir,
deseo compartir mi alegría con el hambriento,
mi vestido y mi ternura con el desnudo,
mi tiempo y mi vida contigo,
¡oh Cristo, que sufres en mi hermano!

¡Mi Dios compasivo, mándame Tú!
Amén.

¡El Amor más grande!

Nos dijiste, Señor,
que nadie tiene amor más grande
que el que da la vida por sus amigos,
y Tú diste tu vida por nosotros,
¡quisiste sufrir y morir por amor!
Yo quiero ser tu amigo,
quiero hacer lo que Tú me mandas,
quiero dar mi vida por tus amigos,
por mis hermanos, por los que sufren,
¡quiero aliviar sus sufrimientos por amor!

Ayúdame, Señor,
a amarte en cada enfermo que sufre,
en cada anciano que se ha vuelto niño,
en cada hombre que vive en soledad,
¡quiero participar en tu sufrimiento por amor!
Amén.

Entrañable ternura

Ayúdame, Señor,
a ser imagen de tu ternura,
con mis hermanos que sufren;
a verte en su mirada llorosa,
con los ojos profundos del alma;
a escucharte en sus lamentos,
con los oídos del corazón;
a estrechar tus manos temblorosas,
entre mis manos palpitantes.

Ayúdame, Señor,
a ser portador de tu tierno amor
a quien no se siente amado;
a llevar un afectuoso abrazo,
a quien no conoce el cariño;
a dar un fraterno beso,
a quien nunca recibe una caricia;
a pronunciar una palabra consoladora,
a quien no tiene nadie que lo conforte.

¡Ayúdame, Señor,
a vivir en tu entrañable ternura!
Amén.

Para que pueda escuchar

¡Oh Señor!,
haz silencio en mi alma,
para que pueda escuchar
los amargos lamentos,
el lloro contenido,
el gemido del enfermo,
el quejido de la soledad.

¡Oh Señor!,
abre mis duros oídos,
para que pueda escuchar
el suspiro del abatido,
el sollozo del moribundo,
el lamento del duelo,
el llanto de sus seres queridos.

¡Oh Señor!,
hazme comprender el corazón,
para que pueda escuchar
y dar la palabra de aliento,
el afectuoso consejo,
la voz en la que resuena el clamor,
el consuelo que viene de Dios.

¡Oh Señor,
abre mi corazón
para que te escuche en quien sufre!
Amén.

De la palabra a la Palabra

¡Oh, buen Jesús!,
pon en mis labios,
palabras llenas de vida,
voces colmadas de ternura,
susurros henchidos de afecto.

¡Oh, buen Jesús!,
pon en mis labios,
buenas palabras que consuelen,
que construyan y reparen
los corazones desgarrados.

Oh, buen Jesús!,
pon en mis labios,
esas palabras oportunas,
pronunciadas en el momento justo,
que tanto bien hacen a quien las oye.

¡Oh, buen Jesús!,
pon en mis labios,
tu Palabra consoladora,
llena de sabiduría y ternura,
con la fuerza de tu amor misericordioso.

¡Oh, buen Jesús!,
Palabra eterna del Padre,

luz verdadera que iluminas
nuestros sufrimientos y dolores,
nuestras angustias y amarguras.

¡Oh, buen Jesús!,
Palabra que te hiciste carne,
ayúdanos a recibirte en la fe
para hacernos hijos de Dios
y contemplemos un día tu gloria.

¡Oh, buen Jesús!,
Palabra que nos amas,
llénanos de tu sabiduría,
envíanos a nuestros hermanos que sufren,
haznos mensajeros de tu amor.
Amén.

En la soledad de Cristo

¡Oh, Cristo!,
que clavado en la Cruz
sufriste el abandono
de tus amigos, de tus discípulos,
de los que tanto tiempo
acompañaste tú por los caminos.

¡Oh, Cristo!,
que en tu soledad
incluso te sentiste abandonado
por lo que más quieres,
por quien lo es todo para ti,
por tu Padre, por tu Dios.

¡Oh, Cristo!,
que en tu sufrimiento
te sentiste acompañado
por quienes más amabas
en este mundo lleno de dolor:
por tu madre, por tu discípulo amado.

¡Oh, Cristo!,
que clavado en la Cruz
siempre confiaste en tu Padre,
ayúdanos a llevar tu confianza
a nuestros hermanos que sufren

en la soledad de sus cruces.

¡Oh, Cristo!,
que bien conoces nuestras cruces:
déjanos que te acompañemos,
con María y tus seres queridos,
a quien, como tú,
se siente solo y abandonado.
Amén.

¡Señor, nuestro Dios, cuida de nuestros mayores!

¡Señor, nuestro Dios!,
hay tantos mayores
que sufren la soledad,
el abandono de sus seres queridos,
el dolor de la enfermedad,
la angustia ante la muerte...

¡Señor, nuestro Dios!,
hay tantos dependientes
que viven encerrados en sus casas,
confinados en sus domicilios,
sin nadie que les visite,
sin una mano amiga que los acaricie...

¡Señor, nuestro Dios!,
hay tantos ancianos
de los que no se acuerda nadie,
que no son visitados ni acompañados,
cuyos lamentos llegan hasta ti,
cuyo dolor y amargura sólo tú conoces...

¡Señor, nuestro Dios!,
hay tantos hijos tuyos
que necesitan ser acompañados,
ser escuchados y comprendidos,
oír palabras de aliento y consuelo,

sentirse amados y queridos...

¡Señor, nuestro Dios!,
envíanos a nuestros mayores
para que les llevemos con cariño
tu mensaje eterno de amor,
la firme confianza en ti,
la esperanza que no defrauda.

¡Señor, nuestro Dios,
cuida de nuestros mayores!
Amén.

Cuidar al cuidador

¡Oh, Señor!,
muchos de nosotros
hemos sido cuidadores
de nuestros mayores,
de nuestros familiares,
de nuestros seres queridos.

¡Oh, Señor!,
los hemos cuidado
con gran cariño y ternura,
con amor y compasión,
con sufrimiento y dolor,
con esfuerzo y sacrificio.

¡Oh, Señor!,
pero también nosotros
hemos necesitado ser cuidados,
consolados y animados,
en nuestra lucha diaria,
en nuestro vivir sin vivir.

¡Oh, Señor!,
ayúdanos a acompañar,
a consolar al que consuela,
a fortalecer a quien sufre,
a cuidar a quien ahora cuida,
a llevar tu amor a quien da su vida por amor.
Amén.

Alma de Cristo

Alma de Cristo santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh, buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti.
Para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos.
Amén